

Manuel Rojas, El Montañista

Si examinamos la vasta actividad que desarrolló Manuel Rojas durante su vida deberemos convenir en que virtualmente nada o casi nada dejó por hacer. Vivió, en efecto, una vida riquísima de experiencias que más tarde supo trasladar a sus llenos de lectores en relatos de colorido que forman su legado literario. Su biografía nos cuenta de cuantos oficios practicó, pero habla muy poco de sus pasatiempos. Señalemos que Manuel Rojas, enfundado en ese enorme corpachón, con todo el aspecto de hombre rudo y de pocas palabras, poseía una sensibilidad increíble como que nos pudo dejar ese "Vaso de Leche" que encierra una emotividad que impresiona. Dentro de esa delicadeza de espíritu le conocimos como montañista. No como escalador, precisamente, sino que como excursionista de los que se denomina de media montaña, porque llegó hasta los faldeos de las altas cumbres pero no se incorporó a la cordada.

Tal como Eduardo Barrios que vivió casi toda su vida en el Cajón del Maipo porque amaba la zona, Manuel Rojas se hizo montañista practicando en la misma región. Bajo el alero del Club Andino de Chile se dedicó con enorme entusiasmo a los recorridos de quebradas y planicies de nuestra cordillera. Era un caminador de fibra pese a que el mismo se calificaba como malo para andar. Anduvimos muchas leguas juntos disfrutando del saludable ambiente de la montaña, de sus laderas a pique, sus senderos serpen-

teantes, el murmullo de sus arroyos o el tronar de sus ríos. Y en medio de todo ese panorama, la vegetación achaparrada de la cordillera plagada de flores caprinas y ovinas. Con sus ranchas donde tantas veces nos detuvimos a gustar un tecito con sopaipillas agasajadas por la hospitalidad sencilla de los cabreros.

Lagunillas, Piuquencillos, Salinillas, Alfalfal, El Purgatorio y tantos otros sitios del Cajón del Maipo, son los hitos de la vida montañosa de este buen amigo que se nos fue y que dentro de tantas cosas que hizo en su vida, tuvo la sana inspiración de dedicar muchas horas de su tránsito terrestre para vivir al aire libre, junto a decenas de amigos que aprendieron a apreciarlo más aún. Para el recuerdo quedan muchas páginas que relatan estos paseos cordilleranos, escritos con sencillez, enorme colorido y un realismo casi fotográfico. Porque Manuel Rojas nos llevó de la mano por senderos y quebradas cada vez que escribió un artículo de sus excursiones. Sus amigos del Andino lo han recordado especialmente al hacer sus recuentos de ayer.

Porque Manuel Rojas se convirtió a la religión del montañismo y fue además un converso ejemplar, deberíamos perpetuar su recuerdo en plena cordillera. Porque Manuel amó la montaña y cantó su belleza para el disfrute de quienes vibramos como él, ante la naturaleza.

Tito Rey Bennett